

El gran día los ha reunido a todos. Están allí, en la inmensa Basílica, ante el sepulcro de Pedro, obispos, sacerdotes y pueblo cristiano rodeando al Pontífice supremo. ¡Qué espectáculo! ¿Se había visto nunca una asamblea semejante? ¿Qué rey ha tenido una corte de esta naturaleza, qué triunfador vió alrededor de él tal celo?

Este rey que celebran así, era un pobre pescador; que triunfó victorioso sobre un patíbulo. Pero han pasado diez y ocho siglos, y su imperio se ha extendido por toda la tierra, y su triunfo ha conquistado las almas. ¡Reinado sublime, poder incomparable! Pedro ha reinado en nombre de Jesucristo; en él se han realizado las eternas promesas de Dios a su Divino Hijo: «Yo te daré las naciones en herencia,» y se ha verificado en su persona lo que había predicho Cristo de sí mismo, «que estando sobre la Cruz, atraería todo a Él.»

Para celebrar las conquistas de la civilización, la Francia convocó a sus poetas, y les pidió un canto nuevo para triunfos nuevos. Los poetas han cantado a precio de oro. La Iglesia no tiene necesidad de himno nuevo y no paga a sus poetas; ella tiene un canto secular.

Hoy, como en tiempo de las Catacumbas, para celebrar la gloria de su rey y la grandeza de sus victorias, ella ha vuelto a decir la inmortal palabra de Cristo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las potencias del infierno no prevalecerán nunca contra Ella.»

Nada ha faltado para aniquilar la divina promesa; pero, por esto mismo, nada ha faltado para darle la más brillante confirmación. Desde el día en que Pedro fué condenado a muerte por las órdenes de Neron, hasta aquel en que Pío IX fué lanzado de Roma, todo se ha conjurado contra la Iglesia; el infierno ha desencadenado todas sus potencias contra la piedra misteriosa. Ni la duración de las persecuciones, ni el rigor de los suplicios, ni los cismas, ni las herejías, ni la ambición de los reyes, ni los ataques, aquí de las pasiones, allá de las incredulidades, han podido hacer nada contra

ella. Pedro ha permanecido piedra, y la Iglesia reinado constantemente sobre esta roca. \*

¿Qué otro imperio está fundado por la muerte de su jefe? ¿Qué dinastía de reyes ha durado jamás tantos siglos, sin cambio y sin interrupción? ¿Dónde se ha visto reinar un príncipe sin armas, sin tesoro, casi sin territorio? ¿Cuál es pues, este poder misterioso que no posee nada en la tierra, pero que domina al mundo por su influencia y su autoridad,

\* Hé aquí un noble pasaje de la Circular de Mr. el obispo de Orleans:

«El décimooctavo aniversario secular del martirio de San Pedro, solemnizado allí mismo donde el Apóstol derramó su sangre por Jesucristo, al pie de esta Cátedra, donde se sentó el primero, y que sus sucesores ocupan aún! ¿Hay aquí abajo una potencia que haya podido jamás celebrar una fiesta semejante sobre esta tierra, triste región ¡ay! de la movilidad, de los trastornos y de las ruinas?

Pero es consolador a nuestra fe el ver con nuestros propios ojos esta maravilla de una cosa que no se acaba, este brillante testimonio dado por los siglos a la más admirable palabra, la más insensata si no fuese divina: *¡Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella!*

«Sobre esta tierra de Roma, llena de la ceniza de las generaciones, en todas partes nuestros ojos ven restos antiguos, en todas partes nuestros pasos tropiezan con escombros: escombros de lo que haya habido jamás de más fuerte, de más durable aquí abajo; los hombres admirados habían cantado la eternidad: *¡Imperium sine fine!* Pero no, nada de lo que es del hombre es inmutable. No hay mas que una cosa acá en la tierra que no cambie, que no caiga, que no pase jamás, y esta cosa es la más débil, la más desarmada, la más frágil en apariencia: tal es un anciano, que puede morir mañana, que la fuerza puede lanzar, que la cólera impía de un potentado puede perjudicar, de quien los príncipes y pueblos pueden burlarse; pero que, sin embargo, ni príncipes, ni pueblos, ni cólera, ni fuerza harán desaparecer, y que orará sobre la tumba de todos aquellos que cantan su muerte; porque un día, hace diez y ocho siglos, cuando no era más que un pobre pescador del lago de Génésareth, se le dijo esta palabra: *¡Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella!*

«¿Qué se han hecho las naciones que cubrían la tierra, y las dinastías que reinaban sobre los pueblos, cuando Neron mató a Pedro y a Pablo, allí mismo donde se levanta hoy el Vaticano? ¿Dón-

los fieles presentes en Roma no habla solamente en su propio nombre, sino que habla a nombre de la mayoría de las poblaciones de la Europa y de la América, a nombre de las cristiandades esparcidas en las vastas regiones del Asia, del Africa y de la Oceanía...

De suerte que podemos afirmar la exactitud de esta expresión ¡que el mundo católico está en Roma!

Los obispos congregados en Roma, se han reunido, nacion por nacion, para nombrar una comision encargada de redactar un Discurso para el Soberano Pontífice. La comision debe constar de treinta obispos, repartidos de esta manera: por la Francia, 4; el Austria, 3; la España, 3; la Italia, 3; la Inglaterra, 2; la Irlanda, 2; la Bélgica, 1; la Holanda, 1; la Prusia, 2; la Baviera, 1; la Suiza, 1; el Portugal, 1; la América del Norte, 3; el Brasil, 1; México, 1; el Oriente, 3.

Los tres comisionados por los obispos orientales, son los señores Valerga, patriarca de Jerusalem; Hassoun, arzobispo-primado de los obispos armenios; y Laguillat, un frances, Vicario apostólico de la China.

Los obispos españoles, presididos por S. E. el cardenal arzobispo de Santiago de Compostela, han nombrado a los tres mas antiguos de entre ellos.

Los obispos franceses han nombrado a S. E. el cardenal de Bonnechose, arzobispo de Ruan; S. E. el cardenal Mathieu, arzobispo de Besançon; Mr. Dupanloup, obispo de Orleans, y Mr. Regnier, arzobispo de Cambray.

—Se lee en el *Univers*:

«Mr. Grant, Obispo de Southwark, ha escrito al *Times*, con fecha de 13 de Julio, una carta que este diario publica en su número del 14, y que contiene detalles interesantes sobre la manera con que se ha preparado el Discurso de los Obispos al Papa. Despues de haber cumplimentado al *Times* por la descripcion que habia dado de las fiestas de Roma, el prelado llega al objeto de su carta, que es rectificar cier-

tos pormenores inexactos sobre la parte tomada por los obispos de Inglaterra en la redaccion del Discurso.

Hé aquí la traduccion:

«Cuando se convino presentar un Discurso al Santo Padre, los Obispos de cada nacion eligieron uno ó varios de entre sí para que los representasen en la comision encargada de redactar este documento. Los obispos ingleses, en número de ocho, eligieron unánimemente a su arzobispo y le comunicaron verbalmente, no por escrito, así como a mí, como colega suyo, su parecer sobre los asuntos que ellos consideraban que debian mencionarse probablemente en el Discurso. Tuvieron así la ocasion de hacerle conocer su opinion sobre otras importantes materias, y reinó la mas perfecta armonía sobre todos los puntos entre el Arzobispo y sus colegas.

«Cuando los diputados de las diferentes naciones se reunieron el 22 de Junio, el cardenal De Angelis, subdean, segun el órden de las consagraciones, leyó un proyecto que contenia quince puntos, los que fueron propuestos como bases del Discurso. Este proyecto habia sido preparado por un prelado romano, y estaba escrito en italiano. Habiendo manifestado algunos Obispos el deseo de oírlo en latin, el Cardenal Arzobispo de Besançon hizo primero esta lectura, y en seguida fué hecha por el Arzobispo de Colocza, de Hungría.\*

\* Un Obispo de Oriente fué el que, en excelente latin, expresó el deseo de que el Discurso fuese leído en la lengua de la Iglesia, diciendo que él no habia hecho un viaje tan largo para venir a Roma, sino a la Sede de Pedro, *non ad urbem, sed ad sedem*. S. E. el cardenal Mathieu, arzobispo de Besançon, con una facilidad y elegancia de estilo que todo el mundo admira, leyó inmediatamente el proyecto en latin; por desgracia lo habia pronunciado a la francesa. Habiéndolo escuchado el obispo oriental, se levantó y dijo: *Nihil intellexi*. Lo que hizo sonreír a la grave asamblea. Entónces Mr. Haynald, arzobispo de Colocza, volvió a comenzar la lectura en latin con la pronunciacion italiana, y el prelado oriental dió su aprobacion.

(Nota de la Redaccion.)

«El proyecto fué adoptado por unanimidad, despues que el Obispo de Grant, del rito oriental, hubo emitido el voto de que el Discurso contuviese una expresion de gratitud de parte de los Orientales por la constante benevolencia con que Pio IX los ha tratado desde su elevacion al trono pontificio.

«Conforme al precedente de 1862, se resolvió que seis prelados, con el cardenal de Angelis a su cabeza, compusiesen el discurso que seria leído el miércoles siguiente, 26 de Junio, a la comision general. La sub-comision suplicó al arzobispo de Colocza y al arzobispo de Thessalonique (Mr. Franchi) que tomasen los quince puntos aprobados por la comision general, como base del Discurso. Dos dias despues se imprimió el proyecto, y este proyecto fué el que se firmó y presentó a Su Santidad despues que se cambiaron algunas palabras, sin cambiar en nada el sentido mismo del documento. «Ni en los puntos que sirvieron de base, ni en el texto del proyecto, habia una palabra concerniente al Czar de Rusia, ó á Víctor Manuel, y el pasaje relativo a la lealtad de los romanos se encontraba en él, en sustancia, tal como se le ve en el texto definitivo. El Discurso ha sido adoptado por unanimidad por toda la comision. No hubo ni siquiera que proponer voto sobre algun punto en que hubiera divergencia. La comision toda entera reconoció que el Discurso expresaba exacta y completamente el sentido del proyecto leído por el cardenal-presidente. El fué extendido y firmado el 27 y el 28 de Junio.

«Yo tengo la confianza que la importancia otorgada a las cartas de Roma en los diarios, será una excusa para la libertad que me tomo de escribiros estos pormenores, a fin de que la verdad sea enteramente conocida. Será así mas evidente que el brillo exterior de las religiosas magnificencias descritas en vuestras columnas no ha sido más maravilloso que la completa armonía que ha unido a los obispos, al clero y a los laicos con su gefe espiritual durante la celebracion solemne de estas fiestas.

«El Discurso ha sido firmado por todos los obispos presentes en Roma, es decir, por más de la mitad de los obispos del mundo católico.

«Yo soy, señor, vuestro obediente servidor,

† TOMAS GRANT.»

Un obispo húngaro ha sido encargado de dar la última forma al Discurso presentado al Papa.

El Discurso del episcopado al Soberano Pontífice, que nosotros reproduciremos mas adelante, así como la respuesta del Papa, ha sido firmado por cuatrocientos noventa obispos. Esta cifra, unida a la de veintidos cardenales que no han firmado, forma la de quinientos doce, número a que ascienden los cardenales y los obispos que han tomado parte en las fiestas de la canonizacion. Varios de nuestros lectores preguntarán, sin duda, por qué veintidos cardenales no han firmado. A primera vista el hecho parece extraño; pero toda admiracion desaparece bien pronto, ante una simple explicacion. Los veintidos miembros del Sacro-Colegio en cuestion no han suscrito el Discurso, porque solo los Obispos tienen el derecho de hacerlo, y en el orden gerárquico, los cardenales-presbíteros, así como los cardenales-diáconos no son considerados como obispos.

Los que son revestidos de este carácter sagrado no pueden regularmente ejercer ninguna de estas funciones. Como todo el mundo sabe, existen tres órdenes de cardenales: los cardenales «obispos,» los cardenales «presbíteros,» los cardenales «diáconos.» Los cardenales obispos llenan todas las funciones del episcopado; los cardenales presbíteros, aunque obispos, no pueden ejercer públicamente sino las funciones del presbiterado, y los cardenales diáconos, aunque presbíteros, solo las de los diáconos. Para salir, por excepcion, de esta regla, es necesario una autorizacion especial y por escrito del Papa.

Hé aquí el discurso magnífico que 495 sucesores de los

poder inmortal sin herencia universal, sin reinado? ¡Oh Pedro! ¡nada hay mas bello que tu Roma, nada mas bello que tu Iglesia! ¡A tí el imperio y la inmortalidad! \*

Hé aquí por qué todo el catolicismo celebra el décimoctavo centenario de este martirio triunfante al igual de las más grandes victorias, que asegura el establecimiento de la religion de Jesucristo; y hé aquí, por qué por la boca de sus Obispos y de sus sacerdotes, ha hecho oír aún la grande aclamacion de su fe y de su poder: «¡Tú eres Pedro!»

La fiesta no ha sido solamente en Roma; ha sido en todas partes. Era necesario venir a Paris para tomar parte en los regocijos de la exposicion; era necesario dinero y comodidades: era la fiesta de los privilegiados de la fortuna; el pobre no participaba de ella. Pero el 29 de Junio, desde la primera hora del dia hasta la última, desde Roma hasta las extremidades de la tierra, la fiesta tuvo lugar en las dos partes del mundo que ilumina sucesivamente el sol; era en todos los corazones cristianos. Un inmenso gozo radiaba alrededor del sepulcro de Pedro; él venia a abrazar el alma del misionero lejano, que pensaba bajo los páramos y los desiertos, en los Apóstoles y en Roma. Él iluminaba tambien el corazon de los pobres y de los jóvenes, y la humilde mujer del pueblo, piadosamente arrodillada, como los príncipes de la Iglesia en la púrpura, exclaman en la alegría de su fe: «¡Tú eres Pedro!»

Así, universales aclamaciones subirán de la tierra hasta

de están los romanos y los bárbaros? ¿Dónde están las soberanías de la edad média que entónces no existian? Pedro y Pablo viven siempre en medio del mundo renovado. Ellos han consagrado a Carló Magno, ellos han despreciado a Enrique VIII, ellos han hecho un Concordato con Napoleon, ellos han fundado florecientes iglesias en el país de Washington, y en lugar de doce Apóstoles, estamos mil obispos alrededor del Sucesor de Pedro, pastor de 200 millones de hombres, y Cristo es el Dios de 200 millones de hermanos, separados por los espacios, pero unidos en su fe y en su amor.»

\* *L' Univers.*

el cielo y del sepulcro de Pedro hasta su trono. No ha habido sino una voz en el mundo cristiano para celebrar el martirio del Príncipe de los Apóstoles, y en esta muerte gloriosa, el triunfo y la perpetuidad de la Iglesia.

Hubo allí un gran espectáculo, pero sobre todo, una solemne manifestacion de la fé católica. Se ve bien, en presencia de estos Obispos y de estos sacerdotes venidos de los cuatro ángulos del mundo, que la Iglesia reina en todas partes; se ve en este inmenso concurso la universalidad de su dominacion, y en esta majestuosa unidad, su fuerza, su triunfo y su belleza.

¡Así es como Roma se ha hecho la más grande de las cosas!

*¡Scilicet et rerum facta est pulcherrima Roma! \**

Las solemnidades de Junio han satisfecho, en una medida legitima, la doble naturaleza del hombre. Los sentidos han sido arrobados por la riqueza de las decoraciones, por la armonía de sus conciertos. El alma, ¿qué puede considerar más bello que esta asamblea pacífica demostrando, en medio de las pasiones anárquicas é impías cuyos furores ha sus-

\* ¿Qué se han hecho los Césares y los Augustos? ¿Quién celebra el centenario de su muerte?

¡Estos señores de la tierra han caído en el olvido! y en qué profundo abandono hubieran caído las ruinas mismas de sus palacios, si la mano vigilante de los Papas no hubiese extendido su proteccion sobre estas grandes ruinas del pasado!

Encima del Capitolio desplomado, sobre los restos inertes de la dominacion que pesó sobre el universo, el sucesor del barquero de Génésareth aparece solo, más majestuoso que la gloria de tantos siglos que espiraron, viviendo siempre de la vida divina que le ha asegurado el Verbo hecho carne y enseñando para siempre a los reyes y a los pueblos.

Nada es tan bello, nada es tan grande sobre la tierra como este solo hombre desarmado, contra el cual se levantan las potencias que lo tienen en acecho, y que no será vencido. Nada es tan bello como el espectáculo de la fé en el desastre de las cosas humanas, nada, si no es el espectáculo de la humildad en esta seguridad de la fe: «Si yo me apoyase en mí mismo, dice el Santo Padre, caería; pero en Dios es en quien me apoyo.»

pendido maravillosamente un decreto providencial; demostrando, decimos, el triunfo definitivo de adhesión y la fuerza invencible de aquellos que saben dar su vida por Jesucristo?

La solemnidad del 29 de Junio ha tenido pues una gran significación: ella ha sido un acto de fe en la perpetuidad de la Iglesia, en la protección extendida por la Providencia sobre la Sede de Pedro.

*Cuán glorioso es para Pio IX haber canonizado un número tan grande de siervos de Dios.*

Ningun pontificado ha ofrecido, como el de Pio IX, el espectáculo de las fuerzas del espíritu en la lucha con las potencias de la materia.

A la invasión creciente de los vicios el Papa no cesa de oponer milagros de virtud; a los gritos del error responde por la afirmación de la verdad; a los asaltos de la impiedad no opone sino las oraciones de las almas puras, la intercesión de los santos que ha colocado sobre nuestros altares.

Pocos Papas han inscrito en el catálogo de los santos un número tan grande de bienaventurados, y esta es una de las glorias más sólidas de este ilustre pontificado.

Hé aquí, con este motivo, las bellas consideraciones de M. Pie, obispo de Poitiers:

«¿Existiendo en la Iglesia el derecho y el poder de canonizar, hay necesidad de añadir que es apetecible, que es oportuno, que es ventajoso que la Iglesia haga uso de él? (Ben. XIV.)—¿La gloria de Dios y de los santos mismos, la exaltación de la Iglesia, la multiplicación de los intercesores y de los modelos del pueblo cristiano, la confirmación de la fe, en fin, el consuelo y el gozo de las almas fieles, son estas razones bastante poderosas en favor del uso de este derecho y este poder?

La gloria de Dios. «Aquel que os honra, me honra,» dice el Señor. ¡Cuántos actos de religión, de adoración, cuántos sentimientos de fe, de esperanza, de amor se han producido al pie de los altares de los santos! No, ningún católico instruido de lo que pasa en la Iglesia «puede dudar que el Señor no sea alabado en sus santos.» (Bull. canoniz. SS. Udalrici, etc.; ap. Ben. XIV.) Con razón las bulas de canonización empiezan siempre por estas palabras: «Para honra de la santísima é indivisible Trinidad.»

—La gloria de los mismos santos. «Es piadoso y justo que aquellos a quienes el Señor coronó en lo alto por el mérito de su santidad, nosotros los alabemos y glorifiquemos en la tierra por los ejercicios de un culto sagrado.» (Bull. canoniz. SS. Homoboni, etc., ap. Ben. XIV.) Y los teólogos añaden: ¿No es necesario que donde mismo fué el teatro de la prueba y el combate, los santos obtengan la recompensa de sus trabajos y la corona del triunfo; y que así a la gloria esencial con que son investidos en el cielo, corresponda esta otra gloria accidental que les es ofrecida por la Iglesia militante? (Ben. XIV, L. I, c. XII, 6.)

—La exaltación de la santa Iglesia. «¿No veis que si la Iglesia exalta a los santos, a su vez, los santos exaltan a la Iglesia? Los Bienaventurados que coloca sobre sus altares, «se levantarán y la proclamarán su Madre bienaventurada.» (Prov., XXXI, 28.) Las santas mujeres, las reinas, las vírgenes a quienes la Iglesia corona con una diadema, a su vez, cantarán la bienaventuranza de su Madre y harán su panegírico viviente: *Viderunt eam filix Sion et beatissimam predicaverunt et reginæ laudaverunt eam.* (Cant., VI, 8.) Y quedará probado que el brazo de Dios no se ha abreviado; y que tiene siempre, como en la primitiva Iglesia, fieles de una santidad eminente; que la fecundidad de la Iglesia en virtudes y en milagros no se ha disminuido. Por esto, también los herejes y los disidentes, quedarán humillados a la

vista de todos los prodigios obrados en los sepulcros de nuestros santos. (*Ben. XIV, L. I, c. XIII, 3.*)

—La multiplicación de los intercesores y los modelos del pueblo cristiano. «Siendo los santos mas honrados y mas invocados, se mueven mas a pedir por nosotros. Como ellos han amado mucho a la Iglesia, y trabajado mucho por ella, es justo se pida a su patrocinio la continuación de esta solicitud. En fin, siendo proclamadas sus virtudes heroicas, siendo su vida propuesta a nuestra piedad, nos sentimos excitados a imitarlos, a seguir sus huellas. ¿Para aquellos de vosotros que conocian solamente su nombre, y con mas razon para los que conocian la historia, la vida, las virtudes de estos ilustres siervos del Señor, en cuya escuela se os ha enseñado el aprender tantas cosas, la solemnidad de su canonización no será para todos vosotros una fuente de gracias y de luces?» (*Ben. XIV, loc. cit. 4.*)

—De la confirmación de vuestra fe. Una nota distintiva de la Iglesia, es la santidad. Nosotros decimos en el Símbolo: «Yo creo en la santa Iglesia, la comunión de los santos.» Así, pues, esta proclamación de la santidad de nuestros héroes y de nuestros taumaturgos «prueba que la Iglesia católica, no es solamente santa en cuanto a su moral y a su ley, sino también en cuanto a las personas, puesto que ella produce siempre tantos justos y tantos santos.» (*Ben. XIV, loc. cit, c. XII, 6.*) «Y por esto, se ha hecho visible y perpétua esta comunión de los santos, anunciada en el Símbolo, mientras que nosotros, viajeros, les estamos unidos por el afecto y el culto, y ellos, ya poseedores, están unidos a nosotros por la intercesión y la protección.» (*Ibid.*)

—En fin la materia de un gran gozo espiritual para los cristianos. «Bendito sea el Padre de las misericordias y el Dios de todo consuelo que rige de tal suerte, por una perpétua providencia, a la Esposa muy amada de su Hijo, la Igle-

sia católica, y que, en estos tiempos calamitosos, en medio de tantas tristezas y pruebas, le envía numerosos motivos de gozo sacados de la gloria de sus santos.» (*Bull. canoniz. S. Hyacinthi, ap. Ben. XIV, L. I, c. XIII, 7.*) ¡Sobre un cielo tan negro, tan tenebroso, es muy consolador ver aparecer estas apacibles estrellas de la mañana que resaltan a través de las nubes! Sí, «hay un gran motivo de alegría espiritual, cuando Dios manifiesta de este modo al mundo sus méritos, y que los héroes de la fe, insignes por sus virtudes y por sus milagros, reinando ya con Dios en el cielo, son declarados igualmente santos sobre la tierra por la autoridad soberana del Pontífice romano.» (*Ibid.*) Y este es el lugar de repetir las palabras: *Multam gloriam fecit Dominus magnificentia sua á seculo*: Dios se ha adquirido mucha gloria para sí mismo, y también para la Iglesia, para el mundo y para la humanidad entera, en esta descendencia de santos y esta serie de grandes acciones desde el principio de los siglos; y ha resultado mucha gloria, en particular, a nuestra época contemporánea, al pontificado de Pío IX, por estas beatificaciones tan numerosas y estas canonizaciones aceptadas con trasporte por el pueblo cristiano.»

#### Discurso de los Obispos al Papa.

El mundo católico está en Roma. Todo el Sacro Colegio, la mitad de los patriarcas, arzobispos y obispos, cerca de 18,000 sacerdotes y 250,000 fieles confundidos en un mismo pensamiento, en un mismo amor, se postran ante Pío IX, diciéndole:

—¡Vos sois verdaderamente Pedro! ¡Vos sois el eco vivo de Cristo! ¡Las palabras que salen de vuestra boca vienen de Dios, y las aceptamos por tales!

Y a ninguno se oculta que la multitud de los obispos y de